REFLEXIÓN DEL EVANGELIO

 “Y Como faltaba el vino,

le dice a Jesús su madre: No tienen vino”(Jn. 2,5)

Esta palabra manifiesta una actitud fundamental de María como madre: la de velar e interceder por sus hijos necesitados. María es la mujer de la atención y de la cercanía. Capta enseguida la necesidad del otro. No está distraída ni ausente. No está pendiente de sí misma. No es una mujer insensible o indiferente. Y cuando percibe una necesidad, inmediatamente se dispara su sentido de responsabilidad, su sentido de amor solícito. Ella nunca dirá: “Allá ellos, es su problema. No el mío”. Su solicitud nace de un corazón bien dispuesto, de la advertencia de su amor entrañable.

María pone de su parte todo lo que puede para solucionar el problema de los novios. Se complica la vida. No se contenta con sentirlo y lamentarse, a distancia. Se dirige a Jesús y le muestra la necesidad. La suya es una oración magistral. No le dice a Jesús lo que debe hacer, sino que le expone una carencia. No es ella la que resuelve las cosas. Es Dios quien hace lo imposible. A ella le toca estar cerca del necesitado y hacer de puente con Jesús.

María sigue diciendo a su Hijo:

*No tienen vino,* no tienen fe,

no tienen Espíritu, no tienen amor,

no tienen alegría, no tienen dignidad,

no tienen salud, no tienen trabajo,

no tienen vida, no tienen paz,

no tienen ilusión, no tienen libertad,

no tienen suerte, no tienen fuerza,

no tienen... porque el ser humano es por esencia indigente.

Escasea el vino de la vida en nuestras bodegas. Nos sobra el vinagre de la muerte. Tantas familias sin amor, tantas personas sin ilusión, tantos grupos sin empuje, tantos pueblos sin paz y sin justicia, tantas iglesias sin Espíritu.... Porque el vino de Caná es eso, ya se sabe, el Espíritu Santo, el Amor de Dios.

“Dice a sus sirvientes:

Haced lo que Él os diga”(Jn 2,5)

Estas palabras recogen el testamento espiritual de María. Son sus últimas palabras. Tras ellas, regresó a la patria del silencio. Nos pide lo que ella misma vivió como lema de su vida, como clave de su propia vocación: No hacer nuestra voluntad, ni siquiera la de María, sino la de su Hijo, o lo que lo mismo, la voluntad de Dios.

Esta intervención de María resultó ser un “golpe de gracia” por su efecto transformador. Tras ellas, se ponen movimiento los sirvientes –iconos del buen discípulo- y acontece la hora de manifestación de Jesús como Mesías. La figura de María aparece así bajo la luz del único que puede saciar el hambre de vida de todo el pueblo. María es aquella por medio de la cual la fuerza de Jesús se manifiesta sobre la tierra en favor de toda la humanidad. Ella está segura de su Hijo, porque es el Hijo de Dios.

Sus palabras son rotundas: “Haced lo que Él os diga”. No obedezcáis a nadie más que a Él. Si hacéis lo que el os dice vuestra vida será una fiesta continua. Si os alimentáis de su palabra no tendréis más hambre ni sed.

Dice “haced”, no “pensad”… Se trata de actuar, de comprometerse, de trabajar según Jesús indique. Hacer lo que diga Jesús, todo lo que diga…, porque ha hablado y seguirá hablando; su Palabra no ha terminado. Vendrá para crear cielos, purificar el corazón, llenar las ánforas vacías de la vida y el coraje de nuestras casas. Viene y habla mediante el rostro de las personas más cercanas.

Hacer todo lo que Él ha dicho. Practicar el evangelio entero. Esa es nuestra vocación. Ese es el camino para volver a introducir el amor en el mundo, incluso cuando parezca imposible. María, la mujer que no se resigna en Caná, nos muestra que hay una ley fundamental por la cual las cosas pueden ir de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte, del agua al vino, en todas las situaciones. Es la ley de la esperanza.